La Tribuna
CADERNOS DE ESTUDOS DA CASA MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN

UNA CONFERENCIA INÉDITA DE CAMILO JOSÉ CELA SOBRE EMILIA PARDO BAZÁN

Adolfo Sotelo Vázquez

(UNIVERSITAT DE BARCELONA)

A Tomás Cavanna Benet

"Galicia no necesita santones de morabito"
(CJC, *Los sueños vanos, los ángeles curiosos*, 1979)

I

Creo que es Carlos Fernández Cuenca en *Correo Literario* (15–IV–1953) el primer crítico en recordar que el artículo con el que CJC abrió su dilatada trayectoria de publicista fue el titulado "Fotografías de la Pardo Bazán" en la revista *Y. Revista para la Mujer* de la Sección Femenina el 25 de febrero de 1940. Se trataba de una divagación anecdótica en torno a unos retratos inéditos de la gran escritora coruñesa, que le había prestado –tal y como indica el texto que exhumamos en el apéndice del presente artículo– su prima Nina Losada Trulock.

En el fascinante tomo *Memorias, entendimientos y voluntades* (1993), continuación de *La rosa* (1959) –dos de los libros de memorias más importantes de la literatura española de la segunda mitad del siglo XX– Cela confirma dicho artículo como su primera prosa publicada, dando noticias indirectas del escenario de su escritura, seguramente bastante anterior, lo que justificaría su no inclusión en ninguna de las sucesivas ediciones de *Mesa revuelta* (1945), el tomo que agavilla sus primeros artículos, fechados en 1942[1].

La divagación alrededor de las dos fotografías "encontradas por mí entre tanta foto dulce del XIX, en esta occidental y celta La Coruña"[2] seguramente se escribió o se abocetó en los meses coruñeses del escritor, durante buena parte

[1] CJC recogió el artículo en la quinta edición de *Mesa revuelta*, formando parte de *Glosa del mundo en torno. Artículos, 1 (1940-1953)*, en el capítulo "El tibio reino del espíritu". Se trata del tomo IX de su *Obra Completa* (Barcelona, Destino, 1976).

[2] CJC, "Fotografías de la condesa de Pardo Bazán", *OC*, t. IX, p. 49.

del año 1938. A tenor de lo que Cela recuerda en *Memorias, entendimientos y voluntades* el 13 de febrero de 1938 llegó procedente de La Vecilla (León) a Iria, para constatar "al poco tiempo me fui a La Coruña a casa de mis primos los Rodríguez Losada, donde viví hasta que acabó la guerra salvo las escapadas al frente, que fueron ya al final"[3]. En efecto, los días coruñeses se extendieron de modo continuado hasta diciembre del 38 en que salió de la capital gallega, como integrante del Regimiento de Artillería Ligera número 16, camino de Burriana para participar en las últimas etapas de la Guerra Civil.

El borrador de semblanza juvenil que se desprende de "Fotografías de la Pardo Bazán" concuerda bien con el tono que articula el capítulo "Recuerdos de La Coruña" que Cela escribió casi medio siglo después: "mi vida por entonces no podía ser más placentera y menos heroica"[4]. Entre las prácticas con la piragua en Riazor, las habituales visitas al bar América o al café Galicia, los recorridos por las casas de putas de la calle del Papagayo, el joven Cela encuentra tiempo para breves tanteos literarios al aire de las comodidades que le ofrece el domicilio de sus primos los Losada. También esa inicial divagación ante unas fotografías revela un rasgo que es principal en el texto de la conferencia que publicamos: la personalidad de Pardo Bazán como ejemplo del intelectual gallego con el que el joven CJC desea emparentar y del que el ya importante escritor de comienzos de los 50 se siente heredero.

Sin embargo, la línea de continuidad que une al autor de *La famila de Pascual Duarte* con Valle–Inclán y Pardo Bazán, que hizo escribir en la inmediata posguerra a uno de los críticos literarios más influyentes, Melchor Fernández Almagro, que "hay cosas, por lo visto y leído, que se llevan en la masa de la sangre"[5], era explícita en el caso del autor de las *Comedias bárbaras* (son múltiples las ocasiones en que la oceánica obra de Cela se ocupa de Valle–Inclán), mientras solo estaba latente en el eslabón de la autora de *Los pazos de Ulloa*, pues salvo en la conferencia (o las conferencias) que ahora ve la luz por primera vez, CJC no frecuentó la glosa de la personalidad y la obra de doña Emilia Pardo.

[3] CJC, *Memorias, entendimientos y voluntades*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001, p. 319.

[4] Ibidem, p. 326.

[5] Melchor Fernández Almagro, "Los libros de anteayer. *Los pazos de Ulloa*", *ABC* (1-XII-1945).

II

La conferencia que exhumamos tiene una primera redacción bajo el marbete de "Serenidad a cien años vista. Coloquio en torno a la figura de la Pardo" para su lectura en el Centro Gallego de Madrid el 23 de mayo de 1951 con motivo del ciclo que el Centro, bajo la presidencia de Lobo Montero –destacado militar de ademanes muy franquistas–, organizó durante la primavera del 51 en conmemoración del centenario del nacimiento de Emilia Pardo Bazán. En dicho ciclo, según una nota informativa de *La Vanguardia* del 16 de mayo, iban a participar, entre otros, Gerardo Gasset, Neyra, Dionisio Gamallo Fierros, Victoriano García Martí, Elena Quiroga, CJC y "el ilustre coruñés y académico de la Española, don Wenceslao Fernández Flórez al que corresponderá la clausura del ciclo"[6].

La segunda redacción, que se limita a corregir el texto en algunas precisiones y, sobre todo, a acomodarlo al nuevo escenario del conferenciante, fue leída por CJC en el Centro Gallego de Barcelona –que presidía Francisco Eyré Fernández– el 30 de marzo de 1953. Carece de título, pues el primitivo está tachado por Cela, quien anota al margen: Barcelona, 30, marzo, 53.

El escritor y periodista catalán Nèstor Luján que había conocido personalmente a CJC el 6 de marzo de 1952 en su casa de Ríos Rosas, recordaba en el libro *El pont estret dels anys 50. Memòria personal* (1995) cómo durante esa década el éxito de Cela en la Barcelona intelectual era clamoroso:

> "Es pot dir que, des de la presencia literaria i humana de García Lorca a la Barcelona dels anys trenta, els escriptors catalans no havien acollit cap intel·lectual foraster d'una manera tan cordial com ho van fer amb aquest gallec de parla rodonament castellana"[7].

Luján se detiene en su *Memòria personal* en la primavera del año 1953 en la que CJC estuvo en Barcelona bastantes días, para evocarle "durant una conferència parlant amb els poetes Josep Mª. de Sagarra i Carles Riba a la Catalònia, que es deia llavors Casa del Libro"[8]. Esta evocación que sin duda se apoya en un breve artículo que Luján publicó el 4 de abril de 1953 en el semanario *Destino*, "Días barceloneses de Camilo José Cela", no da cuenta,

[6] "Centenario de la condesa de Pardo Bazán", *La Vanguardia* (16-V-1951).

[7] Nèstor Luján, *El pont estret dels anys 50. Memòria personal*, Barcelona, La Campana, 1995, p. 67.

[8] Ibidem., p. 67.

como tampoco el artículo, de la conferencia en el Centro Gallego barcelonés, pese a insistir en el intenso ajetreo del escritor que llevaba siete años sin viajar a Barcelona, pese a las importantes e intensas relaciones editoriales (con Destino y Noguer, principalmente) y periodísticas (había colaborado en *Solidaridad Nacional* y *La Vanguardia* y escribía regularmente en *Destino*) que le ligaban a la capital catalana.

La semana barcelonesa de Cela, al margen de los almuerzos y cenas con los amigos (editores, escritores, periodistas, etc.), tuvo varios momentos decisivos. El primero fue su participación en el curso que sobre novela americana había organizado el Seminario de Lengua y Literatura de la Universidad de Barcelona. El curso lo había abierto el profesor Antonio Vilanova, "considerando las características generales de la novela como género literario"[9]. Cela lo clausuró el 26 de marzo con una conferencia acerca de la novela y su problemática[10]. El segundo fue su conferencia dictada en la Nao Santa María –el domingo día 29 a las doce y media del mediodía– sobre "Del picaflor al cóndor: divagaciones suramericanas". El acto fue organizado por el Instituto de Estudios Hispánicos, que presidía don Juan Sedó Peris–Mencheta. El escenario –muy emblemático– no resultó el más adecuado para la conferencia pues Luján anota en su crónica para *Destino*: "Viéndole hablar, pero no le oíamos, en la proa de la carabela Santa María"[11]. El tercer momento decisivo de esta estancia barcelonesa de finales de marzo de 1953 fue la conferencia sobre Emilia Pardo Bazán en el Centro Gallego el lunes 30 de marzo.

Transcurridos los días barceloneses la prensa de la Ciudad Condal haría balance de la estancia. En la columna anónima, "Trabajos del escritor", de la página de *La Vanguardia* "Ecos de la vida literaria" (1–IV–1953) se leía: "Además de los actos –en la Universidad, en la Casa del Libro, a bordo de

[9] "Cursos sobre novela americana", *La Vanguardia* (21-III-1953).

[10] En una carta del 12 de marzo, José Pardo, director de la editorial Noguer, le escribe: "Ya sabía que a finales de mes venías a clausurar un curso sobre novela en la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona". En una carta de Josep Mª. Cruzet a Josep Pla (27-III-1953), el editor le dice al gran escritor: "Ahir en Cela va fer una definició magnífica de la novel·la" [Josep Pla. Josep Mª. Cruzet, *Amb les pedres disperses. Cartes 1946-1962* (ed. M. Josepa Gallofré), Barcelona, Destino, 2003, p. 369]. En *Solidaridad Nacional* (27-III-1953) se puede leer: "El ilustre novelista planteó el problema del qué, cómo y cuándo de la novela, abogando por la libertad de la misma, sin sujeción a leyes ni normas".

[11] Néstor Luján, "Días barceloneses de CJC", *Destino* (4-IV-1953).

la 'Santa María', en la Casa de Galicia– además de las diez reuniones y comidas, traían a Barcelona a nuestro hombre sus relaciones con los editores. Por ejemplo, la novela *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, que está al salir por las prensas barcelonesas. Y un volumen de cuentos, *Baraja de invenciones*, que será el vigésimo título en su bibliografía. Y, por supuesto, las obras en preparación"[12]. Nèstor Luján escribía en su artículo en *Destino* que CJC "sabe cuál es su misión de escritor en tiempos desconcertados, y la cumple, fiel a sí mismo"[13]. Más distante y de cierta mala uva resultaba un artículo aparecido anónimo, pero escrito por el periodista Del Arco, quien le había entrevistado el día 26 de marzo en *La Vanguardia*. El brevísimo artículo vio la luz en *Revista* (8–IV–1953) y reza como sigue:

> "Supongo que un hombre que acostumbra a decir sus verdades al lucero del alba, no le extrañará que le dé mi impresión de su personalidad.
>
> Y va. Camilo José Cela, visto de pronto, tiene aire de señorito fresco; de esos que de repente se lían a bofetadas con el más pintado. Oyéndole, uno piensa que es un tío que piensa en voz alta, y claro, a veces dice disparates. De comedido tiene poco; no sé si será esto natural y premeditado (los hay tímidos por naturaleza que aparentan ser cínicos). Empaque de triunfador, seguro de sí mismo, centro de reunión. Ameno, ocurrente e irónico. Le gusta más hablar que escuchar. Y yo prefiero leerle a escucharle; es mal hablado..."[14]

III

La conferencia del lunes 30 de marzo de 1953 en el Centro Gallego de Barcelona (que es el texto que publicamos) es un discurso en el que tomando a Pardo Bazán como excusa trata sobre la intelectualidad gallega y una justificación de la posición de CJC en la órbita de dicha intelectualidad. En realidad, radicalizando el juicio que el texto puede merecer, se podría afirmar que CJC se aboceta a sí mismo en el espejo de Emilia Pardo Bazán: aboceta su circunstancia, su elección y su vinculación con la cultura gallega.

Para Cela el intelectual gallego es por naturaleza bilingüe, y su problema "es el de saber discernir a tiempo qué lengua le conviene más, le sirve mejor

[12] "Trabajos del escritor", *La Vanguardia* (1-IV-1953).

[13] Nèstor Luján, "Días barceloneses de Camilo José Cela", *Destino* (4-IV-1953).

[14] "Camilo José Cela", *Revista* (8-IV-1953).

a sus propósitos". Unos, como Rosalía o Curros, eligieron el gallego, mientras otros, la Pardo y Valle–Inclán, optaron por el castellano, que es la singladura que el joven maestro estaba empezando a recorrer. La personalidad y la obra de Pardo Bazán constituye –desde el castellano– un eslabón irrenunciable en la superación del casticismo gallego, de las estampas costumbristas, varadas, frente al dinamismo histórico, en "la corredoira rumorosa, la moza carpazona y la vaca marela". Cela se siente heredero de ese perfil de doña Emilia (que tantas satisfacciones y tantos sinsabores le causó en su tiempo) y renuncia a la Galicia "de hórreo y de foliada", para soñar en una Galicia actual y europea, sin analfabetos, sin mendigos, sin arados romanos y sin mujeres esclavizadas.

Aunque de la conferencia no se puede colegir ningún reproche a la literatura gallega, lo cierto es que CJC asocia positivamente el empleo del castellano a la ruptura del casticismo fósil que representa artísticamente la vida gallega. Lo que dicho a vuela pluma es una notoria inexactitud, que no puede, sin embargo, velar la diafanidad del rechazo del casticismo gallego, explícitamente comparado en la conferencia con "una España de pandereta y navaja en la liga".

Por otra parte, es necesario enfatizar –aun con brevedad– que la hostilidad de Cela con respecto a la imagen tópica de Galicia fue una constante de su andadura literaria, lo que (obsérvese con tiento) no supuso nunca la renuncia a la participación en la vigencia de las tradiciones de la cultura gallega. En un artículo de la primavera de 1977 publicado en *Informaciones* y recogido en *Los sueños vanos, los ángeles curiosos* (1979) –libro fundamental para reconocer las invariantes de su pensamiento– Cela glosa el domingo de Pascuilla en Padrón (domingo siguiente al de la Pascua de Resurrección), celebrando la fiesta que congrega a los padroneses de la diáspora:

> "Desfilar detrás de la banda municipal, asistir a una recepción en el casino con pulpo y vino del Ribeiro y poner una corona de laurel en la estatua de Rosalía de Castro, después de haber cantado el himno gallego (la letra es de Pondal y la música de Veiga, y la verdad es que algunos no se lo saben), serían ya motivo suficiente para no faltar"[15].

[15] CJC, "Domingo de Pascuilla en Padrón y variaciones sobre la autopista del Atlántico", *Los sueños vanos, los ángeles curiosos*, *OC*, Barcelona, Destino-Planeta Agostini, 1990, t. 23, p. 549.

No obstante, el objeto del artículo es hablar de la actualización y modernización de Galicia, por ello Cela sostiene sin engaño el naipe invariable de su baraja histórica:

> "Declaro, antes de seguir adelante, que la Galicia de vaca marela y cornalona, niños sin plaza escolar y mujeres descalzas cargando bultos en las estaciones, me da la misma repugnancia y me produce igual honda tristeza e incluso santa ira que la supersticiosa y milagrera España de pandereta, cura trabucaire y morenaza con un clavel en el pelo brindándose al mejor postor"[16].

A ese elemento perenne de su amor a Galicia, la conferencia barcelonesa añade dos sumandos más que tienen como espejo a Pardo Bazán. El primero, es el liderazgo que siempre ha orquestado –desde la óptica de CJC– la cultura gallega (Rosalía, doña Emilia, Valle–Inclán) y del que está huérfana a la altura de 1950. Ese liderazgo que Cela entiende adjetivado por la modernidad, solamente lo podría desempeñar un escritor "que tome la literatura en serio" y que sea, a su vez, "tomado en serio por los demás". Cela, sin duda, se estaba postulando ante el auditorio barcelonés como digno aspirante a esa capitanía intelectual[17].

¿Por qué doña Emilia es faro del joven maestro que busca liderar su cultura? Precisamente la respuesta está en el segundo de los sumandos: el galleguismo a la europea. Con ademán que parece rescatado de la lectura del último ensayo de los que Miguel de Unamuno tituló *En torno al casticismo* (1895), Cela no solamente condena el galleguismo arcaizante, amparado en las tradiciones muertas, sino que propone orear la cultura gallega –el ga–lleguismo a la europea– desde todas las tradiciones operantes, las vivas, con los vientos del espíritu de "la cultura occidental europea", "la cultura del mundo".

Convencido de que Galicia "no puede ser un museo ni un escenario", CJC invoca la personalidad y la obra de Pardo Bazán como ejemplo señero de actualización y de modernidad de la cultura gallega y española en el último cuarto del siglo XIX. Viajando por Europa, leyendo a Kant, coqueteando con el krausismo, visitando a Víctor Hugo, estudiando a Émile Zola, Pardo Bazán

[16] Ibidem, p. 550.

[17] Este es un tema apasionante en la trayectoria vital y literaria de CJC. Alrededor de él se articulan decisiones fundamentales para su vida y su obra. Espero poder analizar, con el detenimiento que merece, esta cuestión en un trabajo que ya anda en el telar.

prestó "un favor no medido en sus justos límites". En consecuencia, los quehaceres de Emilia Pardo son el verdadero espejo –uno de los verdaderos– en los que debe mirarse la cultura gallega para no convertirse "en unas gloriosas e históricas ruinas colonizables".

A esta luz la conferencia barcelonesa de fines de marzo de 1953 se nos ofrece como un texto capital del ideario celiano que tiene como añadido una lectura muy certera del perfil intelectual de doña Emilia, quien –como bien sabemos– participó con Galdós, Leopoldo Alas y José Yxart –y antes del joven Miguel de Unamuno– en la empresa de orear los espíritus peninsulares. CJC, que conocía bien los ensayos finiseculares del maestro salmantino, eligió cuidadosamente la figura de Pardo Bazán, para tras constatar el "evidente y doloroso retraso cultural de Galicia", ampararse en su faro para la navegación cultural e histórica gallega, nutrida de una serenidad infinita, hacia la modernidad, hacia "su puesta a tono con la hora que el mundo vive".

Este propósito del Cela de los años 50 se mantuvo inalterable durante toda su vida, como atestigua de modo irrevocable su Fundación de Iria Flavia. Seguramente hay en la sumaria formulación que he glosado elementos silenciados y cuestiones anfibias, pero no cabe duda que postular la regeneración de la cultura gallega en el Madrid de 1951 y en la Barcelona de 1953 (Emilia Pardo Bazán como espejo) con los inequívocos rasgos que he bosquejado no podía pasar más tiempo olvidada. A fin de cuentas el gran escritor de Padrón habría de sostener con buen tino en el otoño de 1976:

> "La memoria es una fruta agraz que estremece el paladar del alma, pero un hombre sin memoria sería todavía más doloroso que un pájaro ciego"[18].

Como servicio a la memoria publicamos la conferencia que sigue.

[18] CJC, "Se me muere un amigo jocundo", *Los sueños vanos, los ángeles curiosos*, OC, t. 23, p. 482.

EN TORNO A LA FIGURA DE EMILIA PARDO BAZÁN

[BARCELONA, 30.MARZO.53.][1]

Me honra el Centro Gallego de [Barcelona][2] encargándome ocupe esta tribuna con motivo de [mi breve viaje a esta ciudad, y pienso que ningún tema mejor para todos, que ocuparme, siquiera sea "sobre los dedos" de la figura][3] de nuestra gran novelista la Condesa de Pardo Bazán. Mil ocupaciones que atenazan mi horario y una millenta de preocupaciones que sujetan y esclavizan mi espíritu y mi atención, no han podido ser razones suficientes para una negativa por mi parte. Quizás por aquello de que cuando pasan rábanos hay que comprarlos, o por aquello otro de que a la ocasión la pintan calva, es posible que para que no nos obstinemos en querer asirla por los cabellos, el caso es que esta coyuntura que se me presenta de hablar ante ustedes, no podía dejarla pasar sin dedicarle la atención que, a mi entender, se merece.

Y no podía ser de otra manera alguna, digo, por varias razones:

Porque la figura y la obra de la Pardo Bazán merecen una permanente vigilia por parte de todos los que militamos en el amplio, y difícil, y doloroso y amargo, campo de las letras gallegas, castellanas, europeas, mundiales.

Porque el momento me viene, a mí particularmente, como anillo al dedo para exponer unos breves y honestos puntos de vista sobre el fenómeno, no siempre considerado con el suficiente aplomo y la necesaria serenidad, de la intelectualidad de nuestra tierra.

Y porque, por una serie de extrañas y providenciales causas, concausas y contracausas, mis primeras armas en el oficio vinieron señaladas, paradójicamente, y felizmente, por la permanente y puntual presencia de doña Emilia.

[1] El texto reproducido corresponde a la versión leída en Barcelona el 30 de marzo de 1953, que a su vez procede de un original redactado por CJC para su lectura en el Centro Gallego de Madrid el 23 de mayo de 1951. Los añadidos o las correcciones que el texto de Barcelona presenta respecto al de Madrid se han señalado aquí entre corchetes y se han aclarado en nota a pie de página presentando primero la corrección para Barcelona y después el texto original de Madrid. Así, en este primer caso: [BARCELONA, 30.marzo.53.]: [SERENIDAD A CIEN AÑOS VISTA. COLOQUIO EN TORNO A LA FIGURA DE LA PARDO / Centro Gallego de Madrid, 23 de mayo de 1951].

[2] [Barcelona]: [Madrid]

[3] [mi breve viaje a esta ciudad, y pienso que ningún tema mejor para todos, que ocuparme, siquiera sea "sobre los dedos" de la figura]: [del Centenario]

Siguiendo un orden inverso al de esta enumeración –orden que, por eso quiero seguirlo, se me antoja lógico dado que la importancia de lo que se tratará va desde la minúscula e intrascendente anécdota personal hasta la ingente panorámica de la obra de nuestra novelista– voy a comenzar, pidiendo a Nuestro Señor Sant–Yago que no llegue a aburrirles, por el tercero de los puntos que he tenido el honor de exponer ante ustedes.

En el mes de febrero de 1940 apareció en la prensa española el primer artículo que yo había escrito jamás. Se publicó en la revista "Y" y se titulaba, quizás por un raro designio del destino, "Fotografías de la Pardo Bazán". Lo escribí ante la contemplación de dos fotos, inéditas hasta entonces, de doña Emilia, soltera, muy joven, y también inédita todavía, que me prestó mi prima Nina Losada Trulock, Marquesa de La Solana, quien las había recibido de su abuela coruñesa Felipa Rebellón, amiga que fue de doña Emilia.

Era mi primer trabajo en prosa aparecido y cobrado (por él me dieron, solemnemente, 75 pesetas con descuento) y su lectura, ahora, al cabo de estos veloces años, docena y [media][4] de libros, y alrededor de los cien cuentos, y más de un millar de artículos, todavía me emociona con sus imperfecciones, sus ingenuidades y sus imprecisiones. Era –ahora me doy cuenta de ello– mi subconsciente retorno a la tierra, mi contribución –mínima, pero rebosante de honradez y de buena fe– al culto por nuestros muertos, aquellos cuyas ánimas pueblan el buen cielo celta, el cielo en el que el mirlo canta entre los carballos y la dulce lluvia nos llena el corazón de conformidad. Y era también –y de esto aún no me he dado cuenta del todo– el latido, bendito e inexorable, de ese cordón umbilical que, desde donde estemos y como estemos, nos avisa, con su isócrono golpear, de que una vieja sangre late en nuestras venas: una sangre a la que jamás podemos dejar de oír. Porque, impunemente, uno no se llama Cela de apellido.

Cuando este primer artículo mío apareció yo tenía –¡vaya por Dios!– veintitrés años, una salud pendiente de un hilo y cierta ilusión por no quedarme en el Cementerio del Este, cierta esperanza de vivir o, cuando menos, de dar con mis huesos en el tierno olivar de Adina, en mi natal Iria–Flavia, el camposanto que cantara otra gallega ilustre: quizás el más alto poeta del siglo XIX español.[5]

[4] [y media]: [y pico]

[5] En la versión para Barcelona añade una nota al margen: [*O simiterio d'Adina*]

A los veintitrés años se puede escribir, como a los sesenta o a los setenta y cinco, bien, o regular, o mal. Se pueden decir –y se pueden callar– cosas interesantes. Se puede demostrar talento o se puede enseñar el absoluto vacío de la cabeza. Se puede ser un genio y se puede ser también un tonto. Pero a los veintitrés años, lo único que no se puede ser, lo único que jamás se es en literatura, es mentiroso. A los veintitrés años se habla con el corazón en la mano y a esa edad, de haber algún defecto y seguramente –por lo menos en mi caso– habrá muchos, ese defecto no es nunca ni el conformismo ni el conservadurismo, suponiendo que ambos, por lo menos llevados al extremo, por defectos pudiéramos tenerlos.

Rebosante de buena fe, honesto y no mentiroso –quizás torpe e inhábil, como para compensar– mis veintitrés años, mejor dicho, mi primer artículo, la primera prosa con destino a la imprenta que escribí en mi vida, estuvieron dedicadas a doña Emilia y quizás no más que por la casual razón de haberme topado aquellas fotos en casa de mis primos, en La Coruña que tanto quiso la Pardo.

Esta primera –e ingenua– circunstancia me da cierta presencia de ánimo para comparecer ante ustedes [en esta ocasión][6].

Pero esta causa –o razón, o circunstancia, o coincidencia– tampoco es la única, por fortuna para mí, que se me ha dado.

Quiero aclarar, antes de pasar más adelante, que no pienso que un cúmulo (de existir ese cúmulo) de entroncamientos o paralelismos, puedan hacerme pensar que alcanzo una altura que estoy muy lejos de alcanzar y que, en todo caso, no he de ser yo quien ha de medir. No creo necesario insistir demasiado sobre este punto que se me antoja claro como el agua del manantial. Un hermano feo puede parecerse, misteriosamente, a una hermana bellísima. O de otra manera: el mismo sol parece diferente trasponiendo un bello paisaje de almas propicias que ocultándose tras el yermo erial.

El que yo sea, como doña Emilia, coruñés, y el que, como ella, me haya servido de la herramienta del castellano para poder comunicarme con mis amigos, también me da –pienso yo– cierta mínima autoridad, amparado en la ajena benevolencia, para sumarme –ninguna otra cosa es lo que intento– [al grupo de sus comentaristas][7].

[6] [en esta ocasión]: [con motivo del centenario que celebramos]

[7] [al grupo de sus comentaristas]: [a su homenaje]

El intelectual gallego, como todo intelectual bilingüe –el catalán o el belga, pongamos como ejemplos más a la mano– se encuentra siempre con el problema, no sólo técnico sino incluso, a veces, de conciencia, de tener que optar por una de las dos lenguas que maneja, problema no siempre de fácil solución, jamás claro y mucho menos resuelto de antemano.

Pienso que las cosas deben hablarse con cierta diáfana sencillez. El intelectual gallego, puesto en trance de optar entre escribir en castellano o en nuestra lengua vernácula, no tiene, evidentemente, más que dos caminos a seguir: o tirar por el uno o hacerlo por el otro, porque la simultaneidad de ambos, aun siendo de sintaxis análogas, no le llevaría, al final de su labor, a más meta que la confusión. Se puede –bien cierto es– practicar la gimnasia mental que supone el escribir –en ocasiones– en la lengua no habitual, pero, por lo común, ese ejercicio no pasa de ser un mero divertimento, una laguna en el mar que toda obra debe ser, una experiencia. Sin tener como habitual una lengua determinada, pueda, a título de ensayo, emplearse en determinadas y contadas ocasiones. Federico García Lorca, escritor en lengua castellana, publicó poesías en gallego; Rosalía de Castro, que era la pura y misma esencia de Galicia, escribió parte de su labor en castellano; Rainer María Rilke, alemán, nos deleita con sus "Vergers", con sus "Quatrains Valaisans", con sus "Les Roses", con su "Carnet de poche". Pero estos tres ejemplos –o treinta o trescientos, que pudiéramos citar– no pueden apartarnos de nuestro general sentir, igual que tres moscas –o treinta o trescientas– no forman verano aunque puedan simular su apariencia.

Se nos imagina ver con cierta claridad el hecho de que el escritor bilingüe, el escritor que por razones históricas, o familiares, o del orden que fueren, se encuentra, al enfrentarse con la vida o con las cuartillas, con la posibilidad de emplear dos herramientas, ha de decidirse por una de ellas, aunque muy bien puede no olvidar, incluso debe no olvidar, la otra, que le enriquece, le da mayor flexibilidad o, como decía Rilke, le "rejuvenece".

Esto es lo que, a lo largo del tiempo y de las literaturas, ha venido sucediendo y esto es también –y quizás– lo mejor que ha podido suceder. Joseph Conrad, ucraniano, ha escrito toda su obra en inglés de Inglaterra. William Saroyan, armenio, viene dejando toda su labor en inglés de los Estados Unidos.

El problema que –concretando– se le presenta al escritor gallego es el de saber discernir a tiempo qué lengua le conviene más, le sirve mejor, a su propósito: si el gallego –dulce, delicado y arcaizante– o el castellano, más joven, más flexible, más rico y, sobre todo, con un ámbito de difusión de una amplitud casi ilimitada.

Rosalía de Castro o Curros Enríquez, prefirieron el gallego. La Pardo Bazán o Valle–Inclán, optaron por el castellano. ¿Quién tuvo la razón? Líbrenme los dioses de pronunciarme en esta cuestión. Mi íntimo sentir es que acertaron los segundos, pero mi conciencia me impide –y la ingente obra que ellos dejaron, también– asegurar que los primeros hayan podido equivocarse.

Hay una sola manera de amar y mil formas diferentes de entender y de manifestar ese amor. A mí particularmente, una Galicia de hórreo y de foliada me interesa tan poco como una España de pandereta y de navaja en la liga. Creo que ya iba siendo hora de decir que Galicia es más, mucho más, que la corredoira rumorosa, la moza carpazona y la vaca marela. Yo quiero una Galicia pujante, una Galicia actual y europea, una Galicia sin analfabetos, sin mendigos, sin arados romanos y sin mujeres descargando bultos en las estaciones del ferrocarril. Quizás se pierda parte del tipismo pero sin duda alguna se ganarán muchos puntos en nuestro histórico caminar. Una Galicia con una Universidad, y una industria, y una flota, y una agricultura prósperas y boyantes, es mi pequeño sueño. Si esto no es amar a Galicia, que Dios me perdone.

Pues bien: para esta Galicia que sueño, la Pardo Bazán puso, en nuestra historia, una piedra muy importante: la del empleo del castellano, que es una lengua que se nos ha regalado, que es nuestra ya desde el momento en que el gallego fue quien la engendrara, y que, quizás paradójicamente, hemos enseñado a los castellanos a escribir. Ahí están, si no, las páginas de la Pardo y las de Valle para responder por lo que vengo diciendo.

Puestos ya en la pendiente de esta breve enumeración de coincidencias, sólo me resta apuntar, Sras. y Sres., para dar fin a esta primera parte de mi disertación, que se me sobrecogió el ánimo cuando, al cabo de los años y con ocasión de profundizar un poco más en la obra de doña Emilia, me topé con que su primer héroe, el protagonista de su primera novela –publicada a sus 27 años– tenía, para su mal, el mismo nombre de pila que el mío. De Pascual López a Pascual Duarte habían pasado cerca de 65 años –toda una vida– pero quizás el ánimo que tuviera doña Emilia cuando lo publicara, no haya sido muy distinto del que yo tuviera cuando lo mandé a la imprenta.

En fin…

Hablaba, al principio de mis palabras, de que esta ocasión se me antojaba propicia para dar un breve repaso al problema de la intelectualidad en nuestro país o, precisando un poco más, del problema de la capitanía de esa misma intelectualidad.

Lo único, a mi juicio, que Galicia, en el terreno intelectual, no puede ser ni sentirse, es poseedora de una cultura regional. Hablar, por otra parte, de una cultura nacional, daría lugar a posibles malas interpretaciones y, si lo que queremos es hacer un poquito de luz en la cuestión, tenemos el deber de procurar no enturbiar las aguas con la tinta de calamar de los malentendidos.

Galicia tiene, Sras. y Sres., una cultura "peculiar", una cultura muy vieja ya, muy gloriosa siempre, y de muy delicado y sutil entendimiento las más de las veces. Querer hablar, un poco de pasada, de la cultura gallega, sería tan vano intento como querer contar las arenas de sus playas. Ni ustedes ni yo hemos venido aquí a perder el tiempo o, por lo menos, de una forma deliberada y consciente, y debemos pensar que, si lo perdemos, serán tan sólo por mi exclusiva culpa y contra la voluntad de todos. En el ánimo de todos ustedes está presente la real y verdadera importancia de nuestra cultura, y se me antojaría obvio tener que insistir sobre ello. La cultura gallega, la cultura que se respira en las piedras de Compostela, en los maizales de nuestras leiras, en las almas de nuestro paisaje y de nuestros hombres y mujeres, siempre ha tenido una cabeza visible, una cabeza hacia la cual se volvían todas las miradas y en la cual se centraban todas las ilusiones y las esperanzas todas.

Pues bien: desaparecido Valle–Inclán, el último gran patriarca de las letras gallegas, quedó vacante la capitanía de nuestra cultura. El hecho de que la Pardo Bazán, en su día, fuera también guía y alférez de la "peculiar" –insisto– cultura gallega, nos lleva de la mano a la lamentación que ahora nos ocupa.

En la cultura gallega falta hoy el gran jefe, el indiscutible capitán que puede representarla, el hombre –o la mujer– que tome la literatura en serio (porque a una cultura seria no puede representársele en broma) y que sea, a su vez, tomado en serio por los demás, para lo cual quizás no se haya descubierto mejor fórmula que huir de ese subterfugio para uso de hijos de familia, de esa mala capa que esconde al peor escritor, de esa noche en la que todos los gatos son pardos y que, en lengua castellana, se llama "humor".

Caen en el doble pecado de lesa patria y de lesa cultura, y se hunden en los más sucios y pegajosos lodos, quienes, en su ceguera, piensan que se puede cubrir con el socorrido expediente del ingenio fácil, el inmenso abismo que, al marcharse, deja la difícil inteligencia.

Dios ciega a quienes quiere perder y bien perdidos van los ciegos que se empeñan en no querer ver.

¿Cómo, Sras. y Sres., con qué derecho, a título de qué, se va a

cubrir alegremente, insensatamente, inconscientemente, suicidamente, estúpidamente, el hueco que, aún no hace tantos años, dejaran Rosalía, y doña Emilia y don Ramón?

¡Ah, no! ¡De ninguna manera! Si la insensatez prevalece, ¡allá quienes la propugnen con su propia conciencia! Pero a tales… desertores… les podremos siempre pedir históricas cuentas –que son las peores y las más fatales– todos los jóvenes gallegos, y somos muchos, a los que ya no nos hace gracia ni el chistecito del *Blanco y Negro* ni la pequeña procacidad dicha con el insano propósito de ruborizar doncellas.

Es muy honda Galicia para que se la tome a broma. Muy honda y muy querida para que eso pueda hacerse sin que nuestra voz no se levante. El hueco que dejaron quienes se han ido de entre nosotros, o se cubre con todo honor o, por un elemental respeto, se deja vacío. De no hacerlo así, se nos aparecerán en sueños los fantasmas de Juan Rodríguez del Padrón, y de Macías el Enamorado, y del Padre Feijóo, y de Curros, y de Concepción Arenal, y de Rosalía, y de la Pardo Bazán, y de don Ramón, y no nos dejarán dormir, y nos culparán de haber abierto el portillo enemigo.

Un elemental respeto a la tierra de nuestros mayores, a los montes, y los ríos y las costas que nos vieron nacer, nos obliga a dar la voz de alarma.

Y como va dicho más que a medias y, a buen entendedor, con media palabra basta, pienso que puedo, con la conciencia tranquila, pasar al último punto de mi coloquio, el primero en el enunciado que, a sus comienzos, a ustedes propuse.

El primer valor que, humanamente, encuentro en la figura de la Pardo Bazán, es el de su galleguismo a la europea.

El primer valor que, literariamente, encuentro en la obra de la Pardo Bazán, es el de su saludable obstinación por descubrir mundos, calar conciencias e importar ideas.

Voy a permitirme, Sras. y Sres., desarrollar, siquiera no más que brevemente, estos dos puntos que acabo de someter a la consideración de ustedes.

El "galleguismo a la europea", el galleguismo operante o antiarcaizante, el galleguismo que quiere vivir, a la vez que en su espacio, en su tiempo, no es otra cosa que el inteligente entendimiento global –político, diría Platón– de un problema que a todos los gallegos nos interesa y afecta por igual, aunque no todos se hayan preocupado de querer entenderlo así. El máximo servicio que Galicia puede prestar a la cultura occidental europea, a la cultura del mundo, no es otro que el de su actualización, el de su puesta a tono con la hora que el mundo vive.

Este reajuste de nuestra cultura –que se ha intentado ya, si bien con suerte varia y fluctuante– ha de producirse de dentro a afuera, como el tierno brote del árbol, y no en sentido inverso. Galicia, país que ha sufrido –y ha asimilado– muchas civilizaciones y muchas invasiones, difícilmente podría soportar una sola más. La historia es una ciencia inexorable contra cuyas leyes resulta pueril sublevarse.

El "galleguismo a la europea" quiero entenderlo como la vivificación, el rejuvenecimiento de la vieja y gloriosa savia que nos caracteriza, que nos cualifica y distingue, pero que hoy ya no puede servir para nutrir nuestras almas.

Nos interesa a los gallegos vivir el tiempo que nos tocó vivir, al ritmo, precisamente, que ese mismo tiempo nos impone. Lo contrario está tan fuera de lugar como el confundir la biología con la arqueología. Queremos vivir las horas que el calendario nos deparó con la plena y eficaz conciencia de que las estamos, realmente, viviendo. Galicia no puede ser un museo ni un escenario; Galicia –no nos engañemos– no es Santa Tecla. Galicia es un extremo, un último latido del mundo, pero un latido que estamos obligados a evitar que deje de sonar con su propia, ya frágil y quebradiza, ya atronadora y tumultuosa voz.

Para ello, debemos apropiarnos de todos los elementos de evolución que se nos brinden. La evolución, en ningún caso es la adulteración sino, rigurosamente, lo contrario.

La Pardo Bazán usando un lenguaje más "eficaz" (y adjetivo en frío) que el nuestro, viajando por Europa, leyendo a Kant, viviendo el krausismo, visitando a Víctor Hugo y estudiando a Zola, prestó a la cultura gallega –y en este momento inicio la consideración de su valor literario– un favor todavía no medido en sus justos límites, en sus exactas proporciones.

Deben observar mis amables oyentes que el breve análisis humano de la Pardo, nos ha llevado, paso a paso, a su análisis, breve también e imperfecto como mío, literario o crítico.

Si el hombre, como querían los griegos, es la medida de todas las cosas, nada fácil resultaría escindir una faceta de la otra, entre las ambas que venimos intentando tratar.

Doña Emilia, al lado de Pérez Galdós, es la figura más interesante, más completa, más compleja y acabada que produjeran las letras españolas de su tiempo. Quizás pudiéramos poner al lado de los dos a don Juan Valera, pero ni Alarcón ni Pereda, ni mucho menos Picón o el artificioso y reblandecido Padre Coloma, resisten, ni por un solo momento, la vecindad de la Pardo Bazán.

Pues bien: si esto, según todos los síntomas, es así –y no creemos demasiado necesaria una argumentación "por lo menudo"– cabe pensar que la huella de su paso alguna señal deberá haber dejado en nuestra cultura o, quizás mejor, en nuestro espíritu, en nuestro indescifrable y paradójico sentir.

Igual que Cervantes mató, con su *Quijote*, los libros de caballería, así la Pardo Bazán dejó herida de ala esa Galicia que Valle–Inclán se encargaría de apuntillar, esa Galicia paralela a la España de pandereta –que tanto gusta a los turistas de tercera y tanto molesta a los españoles de primera– y que se apoyaba en todos los tópicos cuya muerte deberíamos celebrar con un jubiloso voltear de campanas.

Galicia, queramos o no queramos, vive con un evidente y doloroso retraso cultural, del que no pueden compensarnos ni la belleza de nuestros paisajes, ni la dulzura de nuestras mujeres, ni la fertilidad de nuestras tierras.

Hora es ya –pienso– de enfrentarnos descaradamente, cara a cara, con la realidad –sea cual fuere esa realidad– y tratar de poner eficaz remedio a los males que nos corroen, que nos debilitan y que acabarían por esterilizarnos. Todo, absolutamente todo, es preferible, a que nos convirtamos en unas gloriosas e históricas ruinas colonizables.

La Pardo Bazán, Sras. y Sres., nos mostró, claramente, el camino a seguir. La Pardo Bazán, Sras. y Sres., no tenía pelos en la lengua, llamaba a las cosas por sus nombres, que para eso lo tienen, e incorporó, con un valor titánico, a nuestra cultura y a la cultura española, todo un inmenso cúmulo, todo una amplio bagaje intelectual que, sin su presencia en nuestras letras, todos ignoramos con cuántos años de retraso los hubiéramos recibido.

Voces prestigiosas y, sin duda, más autorizadas que la mía, vienen ocupándose estos días de enmarcar ante ustedes la figura de doña Emilia Pardo Bazán. A pesar de ello, es posible que, cuando este breve cursillo termine, la figura de doña Emilia quede todavía sin enmarcarse debidamente y no, por cierto, en falta de pericia y de sabiduría en quienes lo intentaron, sino porque su figura, a fuer de gigantesca, es punto menos que imposible de enmarcar.

Mi intento –ustedes han sido testigos de ello– no ha podido ser más humilde. Tampoco más fervoroso. Si él ha servido para que ustedes hayan podido matar unos minutos de su tarde con el recuerdo de la Condesa de Pardo Bazán, yo, particularmente, ya me daría por bien satisfecho.

Sras. y Sres.: he terminado.